



G. Staal del.

Imp. A. Bachevalier — Paris.

Ferd. Delannoy sc.

MADAME SOPHIE GAY

Granier frères, Editeurs

MADAMA  
EMILIO DE GIRARDIN (1)

Ante todas cosas, trazaré un círculo en derredor de mi asunto y diré á mi mente y á mi pluma : *No irás más allá*. Dentro de este círculo, de este cuadro indispensable con que es preciso rodear toda figura de mujer bella y de talento, no entrarán absolutamente, ó al ménos no entrarán sino apénas y contra mi voluntad, los rumores, los estallidos de la política, de la sátira, las reminiscencias de la polémica, cosas todas de la vecindad y hácia las cuales, por poco que uno se prestara, tan rico asunto pudiera muy bien invitarnos. Me limitaré en madama de Girardin á la mujer, al poeta de sociedad y de teatro, al moralista de salon, á Delfina, á Corina y al vizconde Carlos de Launay, nada más que eso. Ya veis que soy modesto, que eludo resueltamente las dificultades y que no soy hombre que me empeño en negocios arduos.

La señorita Delfina Gay, que debia adquirir celebridad en edad temprana, nació durante la mañana más bella del sol del Imperio

(1) Poetas. — Elegias. — Napolina. — Cleopatra. — Cartas parisien-  
ses, etc., etc.

en Aix-la-Chapelle, donde su padre era recaudador general, y, según dicen, fué bautizada sobre la tumba de Carlomagno. ¿No divisáis ya desde aquí al siglo en perspectiva, con su grandiosa pretension por una parte, y su vocacion por otra: la tumba de Carlomagno por decoracion en el fondo del teatro y una caja de recaudador general muy cerca? Niña, fué criada en el seno del lujo, de las elegancias y de cierto ideal poético exterior y militar que el Imperio favorecía. Iba creciendo á la vista de su madre, mujer de talento, dada al mundo, que tuvo númen y una especie de imaginacion en el chiste, delicadeza y sensibilidad en su novela, y que figuró en su hora, como diría nuestro viejo Brantôme, á la cabeza del *escuadron* de las mujeres más bellas de su tiempo. La jóven, tan rubia como morena la madre, no era ménos bella, pero con esa belleza que aparece desde luego y que nadie puede contestar. Se tuvo temprano cerca de ella, y ella misma experimentaba, inspirándolo, el culto y la idolatría de la belleza. El Imperio habia caído; la Restauracion se inauguraba con modas nuevas y un cambio completo de decoracion, si bien con gran número de los mismos personajes: era la hora de la devocion de salon, de la aristocracia más fina y de la elegancia más sazónada de chiste. La señorita Delfina Gay entró por primera vez á los quince años en este mundo facticio; en él formó sus primeros y únicos horizontes y desplegó en ellos sus alas (¡cosa picante!) con naturalidad, alegría y cierta abundancia y riqueza de naturaleza que sólo necesitaba expansion. Muchas veces se ha mirado y pintado ella misma en esta primera actitud y este brillo de floreciente juventud, cuando con su « frente altiva y su corona rubia, sortijas de oro y plata tantas veces acariciadas, » tenía « tanta esperanza al entrar en el mundo orgullosa y con los ojos bajos! »

Añadamos presto que si se dice altiva y orgullosa, si sabe que es bella y se miraba con frecuencia, permanecía alegre, franca ante todo, sin ningun gesto, viva y hasta sencilla en sus movimientos buena muchacha, dicen todos los que entónces la conocieron (La

martine decia bien de ella un día: ¡*Es un buen muchacho!*); en fin, tan natural en lo facticio y tan verdadera en lo falso como es posible serlo. Entónces salió á luz su retrato, en el cual la *hicieron* tomar la actitud de musa, y se la saludó bajo su forma de Corina.

« Sí, me repite con entera conviccion un testigo amable y de los más ingeniosos de ese momento, sí, era á la par bella, sencilla, inspirada como la *Musa*, jocosa y buena muchacha (es palabra unánime), y tal cual ella ha pintado más tarde su *Napolina*, es decir, ella misma aun, « sencilla en su alegría, risueña y sin mala índole; » recitando los versos como los hacía entónces, con elegancia y aire de grandeza. Esto es tan parecido, tenedlo por cierto, como el retrato de Hersent, donde lleva esa banda *azul celeste*, color de sus ojos. »

Así se la representaron durante largo tiempo los que la vieron en su esplendor. Figuraos en un gran sarao de la duquesa de Duras, ó mejor en una brillante mañana del palacio de Lormois, en casa de la duquesa de Maillé, en pleno sol de estío, á esa niña risueña, con su profusion de cabellos rubios y ese lujo de vida que da la alegría, saltando y corriendo en el parque adonde se ha escapado, y llamada de repente al más elegante de los salones, ante la sociedad más selecta, recitando versos con aire grave, frente inspirada, perfil ligeramente marcado de *Musa* antigua y metal de voz preciso y sonoro, recitando ó un canto de *Magdalena*, ó su *Elegía* (tantas veces renovada) sobre la *Dicha de ser bella*, y decid si no hay motivo para rendir las armas y quedarse deslumbrado.

Sobre todo los poetas, los que se agrupaban en la Recopilacion de la *Musa francesa*, Guiraud, Vigny, Hugo y Deschamps, se complacian entónces en predecir á Delfina, como se llamaba fraternalmente, la corona de la *Elegía lírica*. « Su talento muy jóvan, me dice uno de esos fieles testigos á quien he querido interrogar para ser justo, nos parecia debia ser una mezcla de vigor masculino con una sensibilidad de *mujer del mundo*, á quien afectan más las cosas de la sociedad que los espectáculos de la naturaleza; más nerviosa que tierna, más dolorosa que me-

lancólica; concertándose todo ello con mucho talento real, sin pretensiones, y manifestándose bajo una forma de versificación pura, correcta, hasta sabia y bastante nueva entonces. Soumet parecia ser su modelo. » Y se repetía en derredor suyo ese nombre de Corina que ella misma invocaba incesantemente.

La Corina de madama de Staël era en efecto entonces el gran ideal para toda mujer célebre. La señorita Delfina Gay, que ya por su nombre de pila era hermana de Corina, queria más y mejor, igualar y rivalizar en todo con esa hermana de genio, y se dedicó á ello con visible sinceridad en estos primeros años. Distinguida y coronada por la Academia francesa en 1822, por haber cantado la abnegación de las Hermanas de Santa Camila durante la peste de Barcelona, la señorita Gay no cesó de celebrar despues en versos todos los acontecimientos públicos importantes, las solemnidades monárquicas ó patrióticas, la muerte del general Foy, la consagración de Carlos X, la insurrección de la Grecia, todos los bellos temas del momento. Un dia se la vió, en lo alto de la cúpula del Panteon, recitando su Himno á Santa Genoveva, en honor de las pinturas de Gros. En un viaje que hizo á Roma el año 1827, fué recibida en el Capitolio como miembro de la *Academia del Tíber*; luego hizo, siempre como Corina, la peregrinación del cabo Miseno. Todo eso dió pretexto para decir en derredor suyo y sugerirle á ella misma la idea de que no solamente era una Musa elegiaca, sino tambien la *Musa de la Patria*. Algunas piezas en verso publicadas por ella en estos últimos años nos muestran que todavía no está completamente curada de esa idea y que hay momentos en que habla como si realmente hubiese manejado desde la cuna la espada de Carlomagno.

Pero volviendo atras, preguntémosnos qué es lo que debemos pensar al leer de nuevo hoy esas Poesías de la primera manera de madama de Girardin.

Digo primera manera, pues madama de Girardin ha tenido ya tres maneras, ó si os parece mejor, tres formas poéticas distintas: la primera forma, regular, clásica, brillante y sonora, que puede refe-

rirse á Soumet; la segunda forma, que data de *Napolina*, más libre, más retozona, con el corte moderno y donde interviene Musset; en fin la tercera forma, la que ha desplegado en *Cleopatra*, y donde se atreve á todo lo que en versificación se permite el drama moderno. Es cosa notable que las mujeres, por muy hábiles y dueñas de sí que sean, rara vez encuentran ellas mismas su forma; hacen sí buen uso de ella, pero tomándola de otro. Digamos que de estas tres formas la primera, la de Racine visto al traves de Soumet, es la que seguiria preferentemente madama de Girardin si obedeciera á sus propias inspiraciones.

Madama de Girardin tiene ante todo el sentido del mundo exterior, de la belleza que está conforme con él, de la regularidad de las líneas y de los contornos, de la elegancia: esto es lo que se encuentra en sus Elegías; pues respecto de las piezas consagradas á celebrar los acontecimientos públicos, no hay para que hablar. Pero en sus primeras Elegías (*Ourika*, *Me amaba*, *Natalia*, etc.), hay alguna animación, versos felices y á veces brillantes; otros delicados ó ingeniosos. *Ourika*, la negra, dirá muy bien de aquel á quien ama sin que él se aperciba de ello: « Y si alguna vez mis sufrimientos agitaban su alma tierna, ¡el ingrato, me llamaba su hermana! »

Basta en los salones una de estas lindas palabras (*¡el ingrato!*) para poder conversar sobre poesía durante toda la tertulia, sobre todo cuando está allí la misma poetisa brillante, ingeniosa y bella animándola con su presencia.

Es muy de notar lo mucho que domina la preocupación perpétua de la belleza física en todas las Elegías de la señorita Delfina Gay, siendo como su inspiración directa y declarada. Esa bella jóven no sabe, en general, desprender su imaginación de los tipos convenidos (Caballero frances, Bello Dunois, Musa de la Patria); se adhiere á ellos naturalmente, de buena fe, pero con sobrada idolatría y por su exterioridad. Desde el principio se conoce que el manantial interior, íntimo, no es muy abundante, y que ese entusiasmo caballeresco de cabeza y de corazón que por un momento exalta al poeta, no puede resistir

largo tiempo ante el espíritu que existe al lado de la misma persona y lo va á desbaratar todo. Hay en madama de Girardin un hombre de mucho talento (el que será vizconde de Launay) que ha muerto al poeta; muerto no, pues el poeta aparece aun á veces con su máscara, su coraza, su casco de Clorinda, su esgrima hábil, de juego fácil y amplio, sus arranques de bellos versos en la relacion y sus impetuosidades en la refriega; pero ese aparato con que se presenta la escena no puede alucinar á los que hayan conocido una sola vez qué cosa es verdadera poesía. Apénas ha estado jamas aquí sino de paso y jugueteando como en un torneo.

Y ademas, por mucho que se esfuerce ese hombre de tanto talento que se titula vizconde de Launay, siempre habrá en madama de Girardin cierto tipo, cierto molde caballeresco primitivo que aquel no conseguirá derribar jamas. Hasta en su época de mayor ingenio, cuando más perfecto era su conocimiento del mundo y su ironía, tendrá esos cambios singulares de Juana de Arco y de Amazona que sólo son concebibles en una musa que ha conservado toda su ingenuidad. Hasta en las columnas del periódico tiene reminiscencias ditirámicas. Escribirá versos, por ejemplo, contra cierto voto de la Cámara de los Diputados (13 de abril de 1839), voto que no pretendo por otra parte aprobar; en noviembre de 1848 escribirá tambien esos otros famosos versos contra el general Cavaignac, en los cuales, queriendo exterminarle y anonadarle, no sabe aplicarle en medio de su cólera, porque el digno general había dormido una hora durante una de las noches de junio, más que este rudo golpe:

¡ Viva el Endimion de la guerra civil!

Injuria singular, de parte de una bella mujer, la de llamar á un hombre *Endimion*. Ciertamente habrá sido esa la única ocasion que haya tenido el general Cavaignac de ser comparado al pastor Endimion.

Madama de Girardin es la causa de que con frecuencia me haya

hecho á mi mismo estas dos preguntas á que no es fácil responder:

¿Como teniendo tanto ingenio y elegancia, no siempre se tiene gusto, ese gusto que tan bien ha definido ella misma en alguna parte, llamándolo *el pudor del alma*?

¿Y cómo tambien, con un sentimiento tan vivo y delicado de la ironía, no siempre se echa de ver aquella á que uno mismo puede dar lugar en el tiempo que corre?

Para hallar la solucion de estos problemas era menester remontarse á ese falso ideal primitivo de que se prendó una vez.

De forma que tenemos, primero una sensibilidad elegiaca de que se curó, y al lado cierto ídolo caballeresco á que no ha renunciado todavía; tal resaltaba á nuestros ojos en definitiva madama de Girardin, en medio de todo su talento de hoy.

Nada hay más curioso por un instante como el trasladarse á sus primeros versos, á las ediciones de sus primeros cantos que tienen por viñeta una *Arpa*, despues que se acaban de leer los lindos folletines en los cuales juguetea en sentido tan diferente un talento igualmente seguro, una pluma firme y fina, una de las que seguramente están mejor cortadas. Si bien se examina, la contradiccion no es tan grande como parece; lo uno, lo sé, conducia á lo otro; pero ¡cuántas cosas no se ocurren respecto de las sinuosidades del camino!

Por momentos (era la moda durante la Restauracion) escribía versos religiosos; cantaba la Magdalena y uno de los milagros más conmovedores del Salvador. Su primera pieza coronada comienza por una invocacion á los Serafines: « ¡Bienaventurados Serafines, habitantes de los cielos, suspended un momento vuestros deliciosos cánticos! »

Estos Serafines que caen del cielo ó del techo, vienen allí como en otros tiempos hubieran venido los Amores y los Cupidos; se los introduce sin creer en ellos, y esto es deplorable, hasta en poesía. Cuando se ha adquirido ese hábito facticio, ya no se puede prescindir de él en lo sucesivo, y lo que es peor, no se apercibe uno de ello, pues se pierde el sentimiento de lo verdadero, de lo verdadero real como de lo verdadero ideal, concluyendo por creer que con talento, mucho talento y

habilidad, se puede hacer todo, remedar todo : remedar no lo niego; pero con talento sólo no se hará jamás ni sentimiento, ni pasión, ni naturalidad, ni drama, ni religión. *Judit*, tragedia sagrada, se ha resentido á veinte años de distancia de ese género falso del poema de la *Magdalena* y de esos primeros Serafines de convención y de salón, que tan dignos eran de figurar en la capilla de monseñor el abate duque de Rohan. Y generalmente el escollo, la desgracia de madama de Girardin como escritora, ha sido que una organización tan fuerte, que hasta parece poderosa á ratos, y que en todas las ocasiones está tan llena de recursos, se haya entretenido siempre en un círculo artificial y facticio de donde, con la pluma ó la lira en la mano, nunca ha salido.

Todavía no estamos más que en lo que se llama la lira. Un gran sabio, Confucio, decía, y yo soy enteramente de su parecer cuando leo á nuestros escritores de *bellas frases*, cuando oigo á nuestros oradores de *bellos discursos* ó cuando leo á nuestros poetas de *bellos versos* : « Detesto, decía, lo que sólo tiene apariencia sin realidad; detesto la zizaña, por temor de que pierda las cosechas; detesto á los hombres hábiles, por temor de que confundan la equidad; detesto una boca disertada, por temor de que confunda la verdad... » Y yo añado, continuando su pensamiento : Detesto la supuesta bella poesía que no tiene más que forma y sonido, por temor de que la tome por verdadera y usurpe en los espíritus esa realidad divina, á veces esplendente, otras modesta y humilde, siempre elevada, siempre profunda y que no se revela más que en sus horas. Madama de Girardin ha puesto en *Napolina* un verso que la descubre :

¡ Ah! consiste en que la elegancia es poesía.

Ciertamente no quisiera yo excluir de la poesía la elegancia, pero cuando veo colocada á esta en primera línea, siempre recelo que el amaneramiento domine lo natural y que prevalezcan las apariencias sobre el fondo.

Lo que digo aquí, la misma madama de Girardin parece haberlo sentido, y ella lo ha expresado á su modo mucho mejor que yo. En ese poema de *Napolina* que señala su segunda época (1834), supone una jóven, una amiga íntima, que se cree hija del grande hombre del siglo, Napoleón, y que lo es gracias á una falta de su madre y por lo cual la llama Napolina. Esta jóven que describe madama de Girardin con una complacencia de hermana, diciendo de ella que « con un poco de orgullo quizá por defecto, es no obstante *mujer de genio y mujer decente*, » tiene al principio todos los entusiasmos, todos los cultos y amores de un corazón de jóven, y es lícito suponer que el poeta le ha atribuido algunos de los suyos. El cuadro ideal es siempre la fiesta mundana, el brillo, las galas, los hechizos del baile deslumbrador, del baile de la embajada, y en medio de todo eso el guerrero bello, jóven, pálido, herido, interesante, un Alfredo cualquiera. Pero al ver el modo como madama de Girardin describe á los que rodean á la jóven, á los personajes secundarios, al tío fatuo, á la duquesa coqueta y á la heredera engalanada, es evidente que ha pasado ya al retrato, á la observación delicada y satírica. El vizconde de Launay es mayor de edad en ella; trata al mundo como un campo de batalla donde conoce que está ya bien afirmada y al que sabe herir certeramente. ¡ Cuántos lindos versos y qué de ingeniosos chistes! Mientras el poeta desengañado observa así y zahiere, Napolina ama todavía y cree : eso es lo más curioso de ese pequeño poema que me parece no ha sido suficientemente comprendido ni apreciado. Napolina es la jóven amante, creyente, entusiasta, que va á experimentar sus primeros reveses y á recibir las primeras heridas que han de causar su muerte. Napolina ama, se cree amada, y con una sola palabra que sorprende, se apercibe de que se la engaña, de que tiene una rival y de que no se le guarda fidelidad : « La vírgen más pura posee ese instinto receloso que le hace adivinar una infidelidad. Todo el infierno se encendió en su corazón agitado... » Napolina es empero mujer y se reprime en el primer momento : « ... Habla, se ríe y hace alarde de ingenio y agudeza, como

podiera una mujer feliz; todos la escuchan; está un tanto burlona y maliciosa, no cabe duda; pero *su espíritu excitado venga á su corazón afligido : el mal que el uno recibe lo devuelve el otro.* »

Todo eso está admirablemente bien sentido y expresado. En el último capítulo que termina el poema, madama de Girardin hace resaltar esa idea y da ella misma la clave al que no la haya percibido. Es Napolina que se mata y se asfixia de desesperación, es el genio extinto, enervado por el mundo; es el amor y la fe que espiran en un corazón. En la carta final en prosa que se supone ser el testamento ó la confesión de Napolina, pero donde cada línea revela al prosista y al observador más ejercitado, el autor es el primero que denuncia esa *lepra de egoísmo* y vanidad que tan presto invade en el mundo á un talento y á una alma :

« Los importunos, dice madama de Girardin (ella que tanto miedo tiene de los importunos), adormecen el genio y no lo desnaturalizan; pero el mundo!... el mundo!... nos hace como es él mismo; nos persigue incesantemente con su ironía, nos hiere en el corazón; su incredulidad nos envuelve, su frivolidad nos llena de aridez; con su fría mirada extingue nuestro entusiasmo; destruye una tras otra nuestras ilusiones y las dispersa; luego nos despoja, y cuando nos ve miserables como él, hechos á su imagen, desencantados, humillados, sin corazón, sin virtudes, sin creencias, sin pasiones é indiferentes como él, entonces nos empuja entre sus escogidos y nos dice con orgullo : Sois de los nuestros, continuad! »

No es posible seguramente decir más ni mejor; y cuando al través de la ligera máscara de Napolina he oído como el último grito y la última protesta del poeta, he creído sentir entonces que había realmente uno en esta primera forma de Delfina.

Toda la carta de que hablo es de estilo muy puro, muy franco y muy *adaptado*; la expresión se apodera ya y contiene exactamente el pensamiento : esta es una de las gracias del vizconde de Launay. Esta carta es quizás lo que ha escrito de más serio madama de Girardin

como moralista; pues, más tarde, en sus folletines sobre el mundo parisiense, se atendrá gustosa á las superficies y á la epidermis social : se entretendrá, se complacerá en no ver ni describir la naturaleza humana más que desde el *Bulevar* hasta el *Bosque*. El fondo desaparece en ella ; se desliza ; pero aquí penetra, sufre y grita : algo es ya para un corazón el haber gritado una vez.

Yo percibo ya en esa carta ese género de chanza pintoresca que es familiar en madama de Girardin. Napolina declara que no quiere todas esas pequeñas felicidades secundarias que podría agrupar juntas para componerse una dicha total y compensar la que ha perdido. Pensé por un momento, dice, « que podría llegar á una dicha negativa que no carecería de dulzura. Me compuse una especie de *paraíso de nieve* bastante agradable... » Un *paraíso de nieve*; estas palabras son de las que indican imaginación á la par que ingenio, y muy á menudo se le escapan muchas como esas á madama de Girardin cuando habla ; toda su conversación está salpicada de ellas. Cuando no quiere tener sino mucho talento (y ni siquiera tiene que quererlo), parece que hay en su expresión bastante imaginación.

Esos gritos del primer poeta espirante que Napolina no expresa en estado de emblema y de semi-ironía, se encontrarían todavía con un poco de sagacidad, y bajo la forma directa, en las piezas de verso tituladas *Desaliento*, *Desencanto*, *Desesperación*, en los Versos á la señora marquesa de La B... Esas elegías, puestas á continuación y aisladas de lo que las rodea, darían una especie de hilo de Ariadna, si es que hubiera necesidad de él en un laberinto que no lo es ; aquí el hilo de Ariadna es poco necesario y bastante presto queda roto.

Quisiera, pues, ya que hablo de poesía y he parecido poner la poesía enteramente verdadera y sincera en oposición con la que no lo es ó lo es solamente á medias, quisiera dar de la primera un ejemplo que haga sentir bien lo que yo comprendo. Y este ejemplo, para evitar todo paralelo vecino y descortes, lo tomaré en una poetisa de otra nación. Mistriss Felicia Hemans, poetisa inglesa de grande distinción, de moralidad profunda, de sensibilidad natural, **revestida**

siempre de imaginacion y cubierta con un velo de modestia, ha querido expresar tambien ese momento amargo y cruel, dos veces amargo para un poeta y para una mujer, en que el corazon deplora la flor primera de esperanza é ilusion que se ha marchitado para siempre. Lo ha hecho en la siguiente pieza que traduzco literalmente y que se titula:

#### LAS COSAS QUE CAMBIAN.

» ¿Sabes que los mares se extienden y pasan por donde en otro tiempo estuvieron las ciudades? Cuando la ola está quieta y durmiente se pueden ver todavía las torres que cubre. En el fondo, muy en el fondo, bajo la marea trasparente, todavía se divisa la morada del hombre allí donde la voz del hombre se ha extinguido.

» ¿Sabes que los rebaños están paciendo sobre esas tumbas antiguas que los reyes mismos, á la cabeza de sus ejércitos, se paraban á contemplar? Un césped blando y corto es todo lo que ya señala el sitio donde los héroes derramaron su sangre.

» ¿Sabes que el único testigo de los templos en otro tiempo famosos no es más que una columna despedazada y coronada por la yerba y el alelí? ¿y que la serpiente solitaria cria sus hijos allí donde cantó la lira triunfante?

» Sí, sí, sé demasiado bien la historia de las pasadas edades y los vestigios lamentables que la gloria ha abandonado á la lenta destruccion. Pero todavía tienes que aprender otra historia y mucho más llena de tristes y severas enseñanzas.

» Tus ojos meditabundos no hacen más que pasearse por los templos y los palacios derruidos. ¡Ay de mí el alma, en su profundidad, tiene cambios mucho más amargos que esos. No vengas, cuando los tienes en tropel delante de ti, no vengas á hablar de ese silencio de muerte que ha sucedido á los cantos.

» ¡Mira el desprecio, allí donde ha perecido el amor; la desconfianza, allí donde crecía la amistad; el orgullo, allí donde una naturaleza amante alimentaba todos los sentimientos de verdad y ternura! Mira las sombras del olvido esparcidas sobre la huella de cada idolo que se fué.

» No llores por las tumbas dispersas ni por los templos derribados. Más derribados están aun en tu propio corazon los altares que él se había levantado. Vé, sondea sus profundidades con duda y temor. ¡No coloques ya tus tesoros aquí abajo! »

Respiremos el sentimiento discreto y profundo que forma el alma de este admirable quejido, rocojamos la moralidad que resulta de él y pasemos adelante.

*Cleopatra* me representa la tercera forma poética de madama de Girardin. Representada por primera vez en el Teatro Frances, el 13 de noviembre de 1847, esa tragedia tuvo algunas noches de buen éxito. Yo me hallaba en esta primera representacion y todavía me dura el gozo que sentí en ella, así como de haber visto esa sala brillante, ese gentío selecto, esa juventud elegante que acudia presurosa á un triunfo que nadie tenía el mal gusto de contestar. La actriz era bella y estaba en su papel; habia escenas de efecto, muy teatrales, retazos deslumbradores, un barniz enteramente fresco y nuevo, algunos arranques que denotaban la fuerza é impetuosidad de la musa, algo de Safo y no poco de Fedra. ¿No era esto bastante para el primer dia? Fuera de la escena y en la lectura, ya es diferente.

En primer lugar, no busquéis en *Cleopatra* la verdad histórica, la Roma ni el Egipto de aquel tiempo. Desde el principio del segundo acto en que ya Cleopatra está en escena, ¿quién es ese sacerdote con su demostracion mitológico-alegórica? ¿Qué hace ahí ese sabio bibliotecario, á quien la reina habla de la *frente del pensador*, de la independencia y casi de la soberanía literaria? Esa reina de Egipto me parece muy al corriente de las grandes frases de nuestros literatos de París. Observo tambien que, más léjos, habla muy minuciosamente de Ciceron y que tiene trazas de conocerlo por sus arengas. En toda ocasion habla del clima de Egipto como si no estuviera acostumbrada á él y como lo haria una parisiense que tiene demasiado calor. Algunos viajeros que volvian de Egipto me aseguraron que confundia ademas los climas; el de Alejandría con el de Tébas, que está á ciento cincuenta leguas más allá: estas son pequeñeces. Respecto de los grandes intereses del mundo en conflicto entónces, en ninguna parte están representados. Si no se conociera un poco la historia de antemano, nada se comprenderia. El carácter de Antonio es débil, disparatado, y no está bastante bien presentado ni explicado. El Nilo, el clima de

Egipto, el sol de África, se convierten sucesivamente en temas para retazos más ó ménos magníficos; pero esa verdad que brota y por momentos estalla de una época bien comprendida ó de la naturaleza humana vista en todos los tiempos, no lo pidáis.

¿Hace falta insistir sobre la contextura de la pieza? Por de pronto, ¿para qué sirve ese esclavo admitido á los favores de la reina, que debia morir y á quien se le salva para hacer de él un testigo contra ella? Pero cuando uno está enamorado y lo está sobre todo como Antonio de Cleopatra, tales descubrimientos de infidelidad no desprenden, sino que irritan; dan más bien ganas de quedar, ganas de castigar. « Se pega á la querida, me decia mi vecino que parecia ser conocedor, y se la ama aun más. » Y toda esa máquina, todo ese primer nudo no conduce á nada. Pero desde el comienzo hemos tenido escenas vivas y arriesgadas, escenas en que la pasión del esclavo afortunado es producida muy atrevidamente. No sé por qué llamo á eso escenas *arriesgadas*; en otro tiempo habrían en efecto comprometido el éxito de la pieza, pero en el día lo aseguran. Son escenas de alegría y que prometen.

Prometen aun más de lo que cumple la continuacion. Un hombre de talento hacia notar que en esta pieza « Cleopatra comienza como Mesalina y acaba como Artemisa ».

No seguiré examinando la pieza en la composición ni en los caracteres. El estilo es seguramente la parte más notable de ella y aun el único verdaderamente notable: no porque la trama me parezca de calidad sólida, subsistente y sinceramente laudable, sino porque es brillante, con frecuencia firme y siempre hábil. El gran momento es el del tercer acto, cuando poseida Cleopatra de un sentimiento de celos y de remordimiento, á la vista de lo que ella cree la felicidad de la casta Octavia, acusa á esa naturaleza de fuego que la ha extraviado y lanza su apóstrofe al sol de África y su larga invectiva en honor de la virtud. En el conjunto del estilo, el autor ha cambiado ó al ménos modificado su manera. En lugar del antiguo verso clásico enteramente noble y puro, lo tenemos cómico á veces, con palabras atrevidas ó

hasta vulgares intencionalmente empleadas. Es evidente que el primer género Soumet está destronado; se percibe que ha venido Teófilo Gauthier y que muy cerca de la autora se ha burlado mucho de la antigua tragedia. Y sin embargo, á pesar de esos disfraces y de esos ingertos extraños, creo reconocer todavía en el fondo mucho del mismo estilo de otro tiempo, el verso sonoro, especioso, enteramente exterior, que unas veces se permite la hinchazón y otras el amaneramiento. No encuentro ya en él esa naturalidad que, naciendo del pensamiento ó del sentimiento y brotando de la pasión misma, penetra en el lenguaje y hace circular en él la vida.

Se ha notado que hay en ella curiosas exposiciones y rasgos ingeniosos á lo Séneca: por ejemplo, cuando en el cuarto acto Antonio desesperado procura demostrarse á sí mismo que con su conducta reciente ha dado razón á todas las anteriores filípicas de Cicerón y que ha sido tal su porte que las invectivas de este grande enemigo parecerán en lo sucesivo palabras de un *adulador*:

« ¡Adulador!... ¡aun he ido más allá de los ensueños de tu odio!...

Toda esta exposición es á lo Séneca, y si se la juzga de mal gusto, por lo ménos es un mal gusto muy distinguido. Muy pocas personas serian capaces de hacer otro tanto.

Ahora bien, ¿podemos llamar tragedia á *Cleopatra*? ¿Ha conseguido la autora dar un mentís á cierta palabra muy impertinente de Diderot sobre las mujeres y sobre lo que tendrán siempre de incompleto? Yo no lo creo. Á pesar del talento viril en su pormenor y en su versificación, *Cleopatra* no es todavía lo que puede llamarse *mascula proles*. No está concebida de un golpe; puedo admirar la fábrica, pero no veo la obra.

En la comedia, ya es diferente; hay cierto género de comedia en que madama de Girardin podría obtener éxito completo. Dicese que nos prepara una nueva. Conoce el mundo á fondo, tiene el sentimiento y la observación de todos los caprichos é irregularidades de la sociedad, el arte de los retratos, el verso satírico, picante y jocoso, y puede y



se atreve á decirlo todo : esto no basta todavía, pero ya es mucho Esperemos.

Moralista de salon y periodista, madama de Girardin ha creado un género que le es peculiar y en que ha sobresalido desde el primer dia. Hubo un momento próximo á *Napolina*, en que se apercibió de que este siglo de hierro no se acomodaba con la elegía, sobre todo cuando esta es demasiado prolongada. Ya el Elegíaco antiguo lo habia notado en su tiempo :

*Ferrea non Venerem, sed prædam sæcula laudant.*

El vizconde de Launay conoció eso y se lo dijo callandito á su hermana Delfina con el objeto de reemplazarla : « ¡Cómo ! el sentimiento, la novela, la naturaleza; ¡oh hermana mia! ¿todavía estáis en eso? Ya hace largo tiempo que he pasado yo por esas miserias. » Oyó y comprendió al genio del tiempo; se figuró que el mismo Dunois no iria ya en nuestros dias á Siria, sino que fundaria un diario. Se dijo á sí misma que la fuerza, el peligro y la influencia estaban allí; sin ser ménos adorado, es uno más temido. Tomó pues la pluma en su *Correo de París*, é hizo la crónica y la policía de los salones. El vizconde de Launay es á mis ojos como un bello caballero de Malta que combate á los corsarios aun siéndolo un poco. ¿Y quien es el que no lo es algo en el dia?

Fíjese bien la atencion en los dos puntos extremos de la carrera. Habiendo salido de los salones de la alta aristocracia durante la Restauracion, de esos salones exclusivos donde conservará siempre un pié y tendrá entrada libre, madama de Girardin se encuentra por un momento arrojada al mundo enteramente artístico, literario y, á su manera, tambien artificial, del periodismo. Quiere aliar los dos mundos, los dos torbellinos, los dos géneros; lo consigue, pero suprime y no cuenta por nada muchas cosas verdaderas, generales é inherentes á este tiempo y que son su intermedio. Así es como con tantas calidades de observador, parece se ha complacido siempre en circunscribir sus horizontes.

Si se dejan á un lado ciertos dardos lanzados hasta la saciedad y sin buena gracia contra las personas á quienes mira de reojo (contra cierta dama de las *siete sillitas*, por ejemplo, á quien escogia incesantemente como súfrelotodo y como víctima), el folletin de madama de Girardin, en 1836, bajo el titulo de *Correo de París*, era picante, ligero, alegre, paradójal y no siempre falso. Por regla general, no hay que detenerse á examinar al leerlo, es la sociedad parisiense observada someramente, cogida en su extravío, en su capricho de una estacion, de un solo dia, de una sola clase que se dice elegante por excelencia. Una carrera de caballos, una cacería, una moda nueva, una cosa frívola tomada por seria y una seria tomada por frívola, esos son sus temas, sus triunfos ordinarios y fáciles. Llega y entra en su asunto como en un salon, con el previo propósito de ser jocosa, amable, deslumbradora, al revés del uso comun (no digo del sentido comun) y cumple su promesa. Las palabras felices, imprevistas, enteramente chuscas, hacen olvidar la ausencia del fondo; tiene chiste. Se rie uno, queda desconcertado y olvida un momento, por las agudezas y salidas de detalle, lo que con frecuencia es una burla completa ó un chasco de la naturaleza humana. Lo blanco y lo negro, lo verdadero y lo falso, todo eso lo revuelve, y sería verdadera pedantería el pararse en ello, tratándose de madama de Girardin. Estos pequeños folletines tan ligeros y de estilo tan neto los compone ella con arte perfecto, y tambien la imaginacion interviene en ello. ¿Hay idea más loca, por ejemplo, ni invencion más chistosa que, en la descripcion de una cacería en Chantilly, suponer que el pobre ciervo ha tenido el buen gusto en su fuga de recorrer los valles más pintorescos, los sitios más célebres? « Ha atravesado el parque de Ermenonville, dice; ha saludado al pasar, rápidamente, es verdad la tumba de Juan Jacobo, ese mortal que, como él, se creía siempre perseguido... Después de correr durante seis horas, la víctima ingeniosa (¿notáis la curiosidad de la expresion?) ha ido á caer en el bello estanque de Mortfontaine; ha escogido el sitio más poético para morir en él. Si creyéramos en la metempsicosis, diríamos que el alma de algun pintor

paisajista, desgraciado en amores, habia pasado al cuerpo de este noble ciervo, tan artista se ha mostrado en todos sus paseos y hasta en su caída... » Todo eso es algo exagerado, algo afectado quizas; el narrador se divierte y abusa, y como tiene en mucho su linda dición, una vez comenzada no se detiene hasta el fin. Sin embargo, esto es alegre, sobre todo si es dicho en lugar de escrito, si es leído una vez en lugar de dos. En ciertos días, el moralista en madama de Girardin encuentra más verdad y si quisiera sería profundo. No conozco en este género semiserio folletin más agradable que el del 29 de marzo de 1840. La señorita Rachel se habia dejado ver en la Cámara de los Diputados, luego en un baile de ministro, y habia sido recibida con toda clase de miramientos. Madama de Girardin se pregunta: « ¿Esos grandes miramientos que guarda con la señorita Rachel el mundo parisiense, son concedidos á su talento?... ¿á su carácter?... » Y concluye respondiendo que son concedidos sobre todo á su *rango*. ¡Os asombráis! Es que hay dos clases de rangos, el rango *social* y el rango *nativo ó natural*: « No solamente, dice, nos designa la naturaleza un rango, sino que este rango es una vocacion. Hay grandes damas que han nacido *actrices* y que sin embargo nunca han representado la comedia. » Y explaya esta idea con todas sus variedades y rarezas que percibís desde aquí. Hay grandes damas que han nacido *porteras*, otras que han nacido *gendarmes*, *coroneles*, ¿qué sé yo qué más? Así continúa divirtiéndose, y en mi concepto no anda muy equivocada. Tambien entre los hombres los hay que han nacido *trovadores*, otros *caballeros*, otros *bufones*, algunos *grandes señores*. Cuando la condicion social y el rango natural se encuentran, todo está bien, hay armonía. « Existen, dice ademas, hombres que han nacido *monjes*, que están calvos á los veinticinco años, que pasan sus dias compulsando libros antiguos y que trasforman en celda toda habitacion de soltero. » Este folletin me ha quedado siempre despues en la memoria como una obrita maestra en su especie. Deberia llevar por epigrafe estos versos de *Bérénice*:

En quelque obscurité que le ciel l'eût fait naître,  
Le monde, en le voyant, eût reconnu son maître.

En las novelas de madama de Girardin se volveria á encontrar el mismo género de ingenio que en sus folletines; retratos y escenas de sociedad, observaciones finas, muchas paradojas, alguna zumba, poca emocion, poca accion, gran ciencia del mundo á la moda, el arte y hasta el oficio de la elegancia. De todas sus novelas, la que (si mal no me acuerdo) me ha parecido presentaba más ventajosamente las dotes de la autora, es el *Lente*.

Es tiempo de decirlo ya, madama de Girardin como mujer y allí donde se muestra en persona, parece muy superior hasta ahora á lo que ha sido como escritora. Chispa, propiamente dicha, nadie tiene más que ella. En un sarao, en una comida, en un círculo, es imposible ser más vivo, más divertido, más inagotable en dichos agudos y chistosos. Aplomo, desembarazo, destreza, ataque y réplica, caritativamente no se podria apetecer más. Si al comenzar la conversacion parece que trae algunas chanzas premeditadas y que forman como parte de su adorno del dia, tiene otras que le salen de improviso á cada momento, y no son las ménos buenas. Se conoce que ella misma se divierte con lo que dice y lo que oye, por poca agudeza que haya en lo que oye. Su juego es franco y su ingenio se complace en él. No sé si tiene enemigos, ó por lo ménos enemigos á quienes deteste, pero creo que en una comida donde la hiciesen sentarse á la mesa con ellos, si la escucharan con placer y no la replicaran demasiado neciamente, cesaria de quererlos mal. Sus buenas cualidades vuelven á encontrarse allí al natural, en su origen, y cuando se la ve, todavia se comprende este elogio que unánimemente hacian de ella los que la vieron mucho durante su primera forma de Delfina, « que, conociendo como conocia sus ventajas naturales, no hacia uso de ellas ni para atormentar á los hombres, ni para afligir á las mujeres ». Con la pluma en la mano no siempre ha sido así.

Para los que como nosotros tienen la manía de buscar todavia otra cosa y mejor de lo que se les ofrece, tenemos aun que lamentarnos de que, por brillante que sea la agudeza de ingenio en madama de Girardin, haya adquirido un predominio tan absoluto hace largo

tiempo sobre todas las demas partes de que se compone el alma del talento, y de que se haya perfeccionado como escritor en un sentido que no es precisamente el serio y verdadero. Tal cual es, faltaria alguna cosa de esencial á la sociedad, á la poesía y al periodismo de este tiempo, y los tres juntos no habrian dicho su última palabra, si se hubieran concertado para producir este compuesto singular, extraño, elegante, que en su forma hábil y exacta, burlándose del fondo, asocia á su gusto con travesura, alegría, naturalidad y hasta un resto de ingenuidad, la mujer de ingenio, el caballero á la moda, el escritor consumado y á veces tambien la amazona y la musa.

P. D. Despues que se escribieron estas páginas, murió madama de Girardin el 29 de junio de 1855. Su pérdida fué vivamente sentida. *La Alegría da miedo*, linda comedia representada en el Teatro Frances, y en que desde el principio hasta el fin brilla la risa al traves de las lágrimas, ha sido su último á Dios al público. « Esta mujer tenía mucha chispa, » es lo que se repite más que nunca desde que ya no existe.

MADAMA

## DE TRACY (1)

La prensa cotidiana se ha ocupado muy recientemente de esta Recopilacion que al principio sólo estaba destinada á un círculo de amistad y familia. Debí el leerla hace ya algun tiempo á una feliz casualidad, ó mejor dicho, á una indicacion delicada, y extracté de ella para mí algunos bellos y dulces pensamientos. Hoy que veo por el ejemplo de mi honorable colega M. Cuvillier-Fleury, que no está vedado á los amigos decir alguna cosa sobre ella, desearia á mi vez que la misma libertad fuera dejada, no á los indiferentes (los que han leído esta recopilacion no pueden ya serlo respecto de madama de Tracy), sino á los extranjeros y curiosos llenos de respeto que no han tenido directamente el honor de conocerla : como inteligencia y como corazon, se ha pintado suficientemente á ellos en estas páginas.

Madama de Tracy, es menester explicarlo para todos en pocas palabras, era Inglesa de nacimiento y vino al mundo en Stockport el año 1789; se llamaba Sarah Newton y pertenecia á la familia de este

(1) *Ensayos, Cartas y Pensamientos*, tres tomos, tipografía de Plon, 1852.